

De aquí y de allá

Por Germán García

La búsqueda de un estilo propio aparece como una preocupación central en las reflexiones que propone Germán García. ¿Es posible pensar la creación en América Latina o, por el contrario, estos paisajes están condenados a ser un efecto de la prolongación eurocentrista?

El desafío de la construcción de una imagen singular en un campo de referencias dadas, motivan a García a ensayar una exploración de lo más variada. Sorprende la ductilidad con que el autor se mueve en distintos terrenos, hallando en ellos claves para pensar esta complejidad desde registros tan diferentes. Filosofía, psicoanálisis, política, antropología, anatomía patológica, literatura y la edición de libros, son los fragmentos que iluminan distintos aspectos sobre los modos en que fueron pensados estos dilemas por personajes que, quién sabe, jamás se habrían imaginado a sí mismos en este diálogo que excede todo tipo de fronteras.

*No hay fort sin da y,
valga la expresión, sin dasein.*
Jacques Lacan, 1964.

1.

Una sentencia de G.W.F. Hegel, con la fuerza de una maldición, atormentó a los profesores de filosofía de nuestra América durante generaciones. El oráculo dice:

Lo que hasta ahora acontece aquí no es más que el eco del viejo mundo y el reflejo de ajena vida. Más como país del provenir, América no nos interesa, pues el filósofo no hace profecías¹.

Esta sentencia de 1830 es repetida, aun con más énfasis, por Esteban Echeverría en 1937:

Yo podría, señores, preguntaros cuáles son los principios de vuestro credo político, filosófico y literario; podría hacer la misma pregunta a esa multitud de hombres doctos tan vanos de suficiencia y avaros de saber. ¿Qué me contestarán? El uno, yo soy utilitario, con Helvetius y Bentham; el otro, yo sensualista, con Locke y Candillac; aquel, yo me atengo al eclecticismo de Cousin; éste, yo creo en la infabilidad de Horacio y de Boileau; muchos, con Hugo, dirán que ésta es absurda. Cada uno, en suma, daría por opiniones suyas las de su autor o libro favorito².

Es verdad que cada uno se toma por otro, pero aquí el problema parece ser que ese otro no pertenece al conjunto sobre el que se intenta decir algo, no se encuentra en el ámbito de lo que entonces llaman *la patria*.

Continúa Echeverría:

El verdadero ingenio no es erudito ni pedante; hace sí uso de la erudición para robustecerse y agrandarse; pero no suicida su inteligencia convirtiéndose en órgano mecánico de opiniones ajenas. Nuestros sabios, señores, han estudiado mucho, pero yo busco en vano un sistema filosófico parte de la razón argentina y no lo encuentro; busco una literatura original, expresión brillante y animada de nuestra vida social, y no la encuentro; busco una doctrina política conforme con nuestras costumbres y condiciones, que sirva de fundamento al Estado, y no la encuentro (p. 16).

Eco y reflejo, sentenció Hegel. Para Echeverría se trata de rechazar los ecos y reflejos de España y *cambiar* la relación que sus mayores tienen con el conjunto del saber que llega de Europa. Se trata, en suma, de saber vestir:

Todo el saber e ilustración que poseemos no nos pertenece; es un fondo, si se quiere, pero que no constituye una riqueza real, adquirida con el sudor de nuestro rostro, sino debida a la generosidad extranjera. Es una vestidura hecha de pedazos diferentes y de distinto color, con la cual apenas podemos cubrir nuestra miserable desnudez. Yo no dudo, y debo creerlo, pues lo oigo a menudo repetir, que nuestro país cuenta con talentos distinguidos, con muchos hombres de luces; pero, señores, esa tan decantada sabiduría, ¿por qué no sale a la luz? (p. 17).

Este arlequín vestido con pedazos de diferentes colores, después de haber experimentado la miserable desnudez

de la separación de España, es la figura de un argentino en 1837, que busca en la oscuridad el *fiat*, que espera el *genio* destinado por la providencia. Mientras tanto, dice Echeverría:

[...] procuremos, como Descartes, olvidar todo lo aprendido, para entrar con toda la energía de nuestras fuerzas en la investigación de la verdad (p. 19).

Juan María Gutiérrez, compañero de Echeverría en aquel año 1837, no cree que haya que olvidar todo. La literatura es particular, pero la ciencia es universal,

[...] es una matrona cosmopolita, que en todas las zonas se aclimata (p. 30).

De Italia rescata a Dante, Galileo, Miguel Ángel, Colón, Filangieri y Beccaria; de Inglaterra a Shakespeare, Bacon y Newton; de Alemania

[...] la fuente fecunda de erudición profunda”; de Francia vale todo. ¿Y la madre patria?: “Yo busco un español que colocar al lado de los que dejo nombrados, y no lo encuentro. Busco algún descubrimiento, algún trabajo inmortal de la razón española, y no lo encuentro (p. 33).

El arlequín romántico, a pesar de los colores variados de su traje, ignora la pintura de España y desprecia su literatura. *La comedia dell'arte* dispone de otras máscaras que serán *modelos*, aunque todavía no está definido el libreto. Entre la “miserable desnudez” y los “pedazos de diferentes colores” existe una tensión, una escisión que es a la vez íntima y social según la respuesta a Sarmiento escrita por Juan Bautista Alberdi:

Así el gaucho argentino, el hacendado, el negociante, son más aptos para la política práctica que nuestros alumnos crudos de Quinet y Michelet, maestros que todo conocen menos Sudamérica (p. 80).

La palabra “romanticismo” no tiene aquí una función conceptual, sólo intenta subrayar la emergencia de una sensibilidad, de la sensibilidad misma como algo digno de tenerse en cuenta... Por ejemplo, en nuestras anteriores citas de Echeverría encontramos que subraya dos palabras: *fiat* y *genio* (ahí tenemos el *Sturm und Drang*, aunque el autor no lo sepa, que estaba en el aire de los tiempos).

2.

Thomas F. Glick en un artículo llamado “El impacto del darwinismo en la Europa mediterránea y Latinoamérica” afirma, citando investigaciones anteriores propias, que entre 1902 y 1909 Sempere (editorial de Valencia) vendió en Hispanoamérica 29.000 ejemplares del *Origen del hombre*, 6.500 del *Origen de las especies* y de las obras de Haeckel, 8.000 ejemplares de los *Enigmas del universo*, y más de 1.600 de *Historia de la creación*:

El darwinismo del siglo XIX[...] –afirma Thomas F. Glick– fue el del Origen de las especies y de la selección natural, mientras que el darwinismo de 1900 en adelante fue el del Origen del hombre y de la selección sexual. Este hecho, que ha pasado sin comentarios entre los historiadores de Hispanoamérica repercutió en: la eugenesia, varias polémicas feministas (como el sufragio, el divorcio),

*el acercamiento médico a los roles sexuales, la recepción de la psicología freudiana y toda una gama de fenómenos, psicológicos y médicos*³.

Thomas Glick, cuando se refiere a la Argentina recuerda la novela de Eduardo Holmberg *—Dos partidos en lucha, 1875—* en la que aparece Darwin en Buenos Aires, para resolver una disputa. Dos años después, en 1877, Darwin se convierte en socio de la Sociedad Científica Argentina. Según Thomas F. Glick sólo tenía dos opositores serios: José Manuel Estrada y Pedro Goyena (este último seguía la línea de la derecha católica española).

El 19 de abril de 1882 se celebró un homenaje a Darwin en el Teatro Nacional, con intervenciones de Holmberg y Sarmiento, al que asistieron 3.000 personas. En el parlamento Eduardo Wilde defiende a Darwin y al positivismo contra argumentos católicos, a propósito de la Ley 1.420, en 1883/84. Esta información de Thomas F. Glick permite situar la importancia del tema de la *imitación*, ya que Gabriel Tarde y otros lo tomaron de Darwin.

3.

La primera edición de *Rosas y su tiempo*, de José María Ramos Mejía, apareció en Buenos Aires en 1907. Emecé editores que vuelve a publicar el libro en 2001, informa que aquella primera vez fue editado por Félix Lajouane y Cía. en dos tomos: a pesar del gran tiraje y el precio elevado —según José Ingenieros— se agotó en pocas semanas.

La segunda edición corregida apareció por Lajouane en tres volúmenes ese mismo año, y existen al menos dos más: la de Edición Científica

y Literaria Argentina Anastasio Martínez (Buenos Aires, 1927), en tres tomos y con prólogo de David Peña y una de La Cultura Argentina, colección La Historia, de Orientación Cultural Editores (Buenos Aires, 1952), en tres volúmenes, con prólogo de José Luis Busaniche.

La información de la edición 2001 sugiere que uno podría estudiar en cada período (1907, 1927, 1952, 2001) la lectura que se hizo del mismo libro. Mejor dicho, para usar la diferencia del propio Ramos Mejía, los *signos* provocados por los *rasgos* que leemos. Esto supone que cierto *anacronismo* es inmanente a las mutaciones semánticas de las mismas palabras y al movimiento del conjunto de lo legible, que modifica al contexto.

El anacronismo en psicoanálisis es asumido en el término *retroactividad*, según el modelo de la *frase* que encuentra su sentido en su punto final, pero también del conjunto de *frases* que realizan un ensamblaje particular que algunos autores designan como discurso (transfrástico).

Ramos Mejía, refiriéndose a Juan Manuel de Rosas, escribe:

Un rasgo de pluma, un recibo o la carta pueril de familia, la cuarteta juguetona u obscena hecha por él, pues también solía tener sus momentos de poética alegría, estampa sin quererlo un rasgo de temperamento; tienen, para mi punto de vista, mayor importancia que toda la copiosa documentación de su cancillería, en la que el Ilustre Restaurador de las Leyes y Gran Americano “hace prosa” a sabiendas que es lo succulento y sugestivo. En efecto, el hecho de tener tiempo y humor para consagrarle un cuarto

*de hora a las décimas y seguillas, no es un rasgo que vale un signo?*⁴.

Las palabras enfatizadas por el autor (*recibo, poética, humor, signo*) son injertadas en una prosa donde se espera

Nos interesa entresacar lo que Ramos Mejía supone a partir de una trama de referencias, señaladas por nombres de autores, que operan como metalenguaje que descifra mediante injertos el “lenguaje-objeto” constituido por rasgos y huellas de aquel tiempo “gobernado” por Rosas; rasgos y huellas que se acumulan en documentos públicos, detalles privados que se encuentran en cartas y otros escritos, memorias que fueron construyendo un pasado. La doble perspectiva del paradigma indicial y de la historia ordena el material del que dispone.

—según dice— “la copiosa documentación de su cancillería”. Es decir, se propone una lectura de los *detalles particulares*, de los rasgos que conducen fuera de la prosa pública a la vez que revela algo diferente en esa prosa. El llamado paradigma indicial, usado por Sigmund Freud, es propuesto en el párrafo citado por Ramos Mejía. Pero se aplican a cosas diferentes, ya que para Sigmund Freud se trata del olvido de nombres y palabras, de los recuerdos encubridores de la infancia, de diversos actos fallidos. Rosas, según Ramos Mejía, “hace prosa” a sabiendas (es decir, no se parece al personaje de Moliere que hacía prosa sin saberlo) y también puede hacer algo *poético*.

En el contexto que propone *Amalia*, la novela de José Marmol, los unitarios son poéticos y los federales son prosaicos. Rosas puede hacer las dos cosas, poesía y prosa: reúne los contrarios, se eleva por encima de sus enemigos y sus seguidores:

La carta, la terrible carta al ministro Mandeville con motivo de los desór-

denes producidos por la mazorca frente a su casa, está allí hasta incitando la curiosidad de la grafología, para los que creen en ella, porque, en efecto, algunas veces la letra de Rosas parece traducir ciertos estados alarmantes del ánimo. El perfil y el nerviosismo del trazo traicionan vivamente movimientos ambiguos de la sensibilidad. Y sin embargo, la mano que los hacía no era de las que temblaban por el miedo o el horror (p. 21).

Este método se complementa con la entrevista de actores secundarios del período que intenta estudiar Ramos Mejía, período designado como “su tiempo”, el tiempo de Rosas. Aquí la perspectiva del detalle se invierte: nada de lo que pasó en ese tiempo puede ser independiente de la existencia de Rosas, nada puede ser una simultaneidad sin consecuencias: se impone una misteriosa sincronía. Por eso, dice Ramos Mejía:

Al tendero, al pulpero y al soldado, tres de los principales personajes del peculiar Buenos Aires rosín, hay que hacerlos hablar y obligarlos a que nos cuenten cómo actuaron y cómo vivieron, lo mismo que al escribiente y al copista, que fueron los agentes literarios de la tiranía (p. 24).

Nos interesa entresacar lo que Ramos Mejía supone a partir de una trama de referencias, señaladas por nombres de autores, que operan como *metalenguaje* que descifra mediante injertos el “lenguaje-objeto” constituido por rasgos y huellas de aquel tiempo “gobernado” por Rosas; rasgos y huellas que se acumulan en documentos públicos, detalles privados que se encuentran en cartas y otros escritos, memorias que

fueron construyendo un pasado. La doble perspectiva del paradigma indicial y de la historia ordena el material del que dispone.

De un lado la psicología, del otro la historia:

Los hechos psicológicos, dentro de los cuales están incluidos necesariamente las pasiones y los sentimientos humanos, viven indisolublemente ligados a una clase de fenómenos físicos que la ciencia estudia todos los días: los cambios moleculares de los centros cerebrales, que nadie está en aptitud de conocer mejor que el que los ha estudiado en el sano, por medio de la fisiología cerebral, y en el enfermo, en las interesantes evoluciones de la enajenación mental” (p. 27).

Por otro lado [...]un poco a lo Suetonio y un poco a lo Taine (p. 29): del primero cierta curiosidad femenina y del segundo “la ciencia hipotética” de la historia.

De esta manera podrá evitar que el paseo por los lugares de los acontecimientos, por lugares que fueron habitados por Juan Manuel de Rosas, conduzca a percibir “extrañas reencarnaciones” surgidas del relato de un acompañante del autor:

Ante aquel vivo relato, en el lugar mismo del drama, la imaginación predispuesta de un espiritista hubiera producido maravillosas materializaciones, haciendo surgir de entre las brumas de la soledad, y de todas piezas, la interesante figura del hermoso macho bravío que llegó a dominar al Río de la Plata desde aquella habitación de modesto capataz (p. 33).

El espiritista es la sombra del positivista que sabe que la materia es maternal, que sabe que algo puede materializarse, que sabe de algunas inquietudes:

La íntima y prolija disección del alma (si me permitís este sacrilegio materialista) con las generalizaciones que fluyan, son en estos casos tan indispensables como la sintomatología y las intimidades menos confesables para el diagnóstico de una enfermedad. ¿Por qué tenía Rosas esos caprichos de histrión? ¿Por qué era inerte y helado su corazón? ¿De qué provenían esas particularidades fisiológicas que lo hacían tan original y que parte tuvieron en la personalidad de su gobierno? ¿Qué papel, en fin, y para no enumerarlos todos, desempeñó el medio, sobre todo el medio y el momento social, la raza y la familia en el desarrollo y temperamento de la tiranía... Problemas todos que el distinguido publicista ha debido por lo menos tantear a la luz de la copiosa documentación de los archivos de Rosas, que se le abrieron de par en par. Era un recurso fecundo para la embriología política de ese caso, ya que de estudiar engendros e informes productos se trata y puesto que el de la personalidad íntima de don Juan Manuel está tal vez dentro de los límites de esa teratología creada por Paul de Saint Victor, cuyos viejos anales cuentan interesantes ejemplos” (p. 52-53).

La frase que comienza con la introducción del término *alma*, con la consiguiente ironía referida al materialismo en que milita, plantea una sintomatología mediante preguntas que pasan por el conjunto de su “biblioteca” y

concluyen en un término extraño: teratología (es decir, el estudio de las anomalías y de las monstruosidades de los seres vivientes).

Como sabemos, nuestros positivistas eran verdaderos teratólogos y uno de los más famosos –José Ingenieros– encontró en su alianza con los juristas y la policía la manera de estar siempre provistos de monstruos para estudiar (criminales, locos, degenerados).

Rosas, un monstruo magnífico, es empequeñecido por sus deudos, que tratan de hacerlo entrar entre los demás patriotas en una de esas “biografías cerámicas para niños”, mientras que Ramos Mejía busca la grandeza y los amonesta: “Forcejeáis –se les podría decir– por meterlo al lado de Jorge Washington o del amable don Valentín Alsina, cuando su lugar está donde verosímilmente lo colocaría la historia: al lado de Ricardo III, tal vez, con su grandeza trágica un poco desagradable, esperando un Shakespeare americano que en la prosa varonil y sonora del canciller don Pedro, o el verso iracundo de Hugo, le haga repetir como un castigo tardío aquel monólogo inmortal del matador de Buckingham:

Jamás mis ojos derramaron una lágrima de piedad, ni aun a la muerte de mi padre, en que todos los presentes tenían las mejillas mojadas like trees bedath the rain (p. 55).

José María Ramos Mejía (1849/1914) tenía una biblioteca que en 1907, cuando publica el libro del que nos ocupamos, se presentaba actualizada en diversas disciplinas. Nombres y términos que se injertan en su prosa, así como palabras en otros idiomas, lo muestran. Pero sabemos que siempre se

cita más de lo que se lee, de la misma manera que se leen cosas que no se citan. Por lo tanto, cierta cautela no está de más, aun sabiendo que la función de la cita tiene su complejidad.

4.

María Laura Piva en su trabajo sobre Domingo Cabred concluye:

Se ha intentado mostrar que la cuestión de las causas de la locura aparecen de modo diferente en los textos de Cabred. En las intervenciones públicas de este médico predominaba la atribución de la locura a factores que tenían que ver con cuestiones ambientales: consecuencias negativas del avance de la “civilización”, crecimiento vertiginoso de la ciudad inmigratoria, sobresaltos de la coyuntura política[...]. Al hablar como especialista, en los textos destinados al público médico, Cabred se mostraba muy interesado por la idea de la causalidad orgánica y exhibía esperanzas en el progreso de los estudios anátomo-patológicos que lograrían determinar las relaciones enfermedad / lesión que para muchas patologías aún resultaba desconocida. Es en este contexto donde se ubica la creación del Laboratorio de Psiquiatría donde se investigaban problemas que poco tenían que ver con la locura entendida como una cuestión vinculada a lo social⁵.

El discurso público promueve ideales, el discurso del laboratorio apunta al encuentro de las causas *reales* de la locura. Este doble discurso suele volverse automático.

5.

Otto Fenichel (1898/1946) publica en 1945 *The psychoanalytic Theory of Neurosis*, libro al que se refiere Torres Norry en 1959, y que será traducido por Mario Carlisky. Desde entonces funcionó como una enciclopedia que sustituyó la consulta directa de la obra de Sigmund Freud.

Jacques Lacan llamó a Otto Fenichel “el gran recolector”, máximo exponente del “catálogo” de las referencias acumulativas sobre un tema que se relativiza en diversas definiciones. Esa sensibilidad fue apreciada en Los Angeles, donde enseñó y practicó el psicoanálisis en los últimos años de su vida, y también en Buenos Aires donde su obra conoció un éxito considerable.

La primera edición en Buenos Aires pertenece a editorial Nova y se realiza en 1957, cuando comienza el auge de la psicología. La segunda, en la misma editorial, es de 1964. La tercera, en 1966, pertenece a la editorial Paidós. Un libro de 1945 injertado en nuestra lengua en 1957 tarda otros siete años en convertirse en un “clásico” que ocupa el lugar de los libros de Sigmund Freud, en un momento en que comienza a consolidarse lo que Oscar Masotta llamó “aire de *revival* freudiano”.

El libro de Otto Fenichel cumplía bien esta función, no sólo por su índice onomástico y temático, sino también por cierto “eclecticismo” que no olvidaba los aportes de discípulos y disidentes de Sigmund Freud. Los psicoanalistas estaban demasiado ocupados con sus respectivas “clínicas” –por lo general, cada uno especializado en el tema por el que se dio a conocer– y no se molestaban en consultas más detalladas. La descripción de casos y las explicaciones sumarias acompañan

la creación de un estándar institucional que resiste algunas décadas.

6.

Elisabeth Roudinesco concluye un reportaje con una variación del oráculo de Hegel:

Cuando más se quiere lograr una explicación unívoca del ser humano, cuanto más se dice que el hombre es puramente químico, cuanto más se lo reduce a un objeto, más se hace surgir del otro lado

el pensamiento mágico, el oscurantismo. Estamos en un mundo donde, por un lado, se opone un

*oscurantismo religioso y, por otro, un cientificismo mortífero. Hay que encontrar una tercera vía. Seguramente será Europa quien la inventará. Pero como América Latina es un reflejo de Europa, ustedes serán europeos con nosotros*⁶.

Según Witold Gombrowicz, [...] escuchó de otro profeta esta amarga comprobación: A los argentinos todo les entra, pero les entra tan fácil que es como si no les entrara.

El *reflejo*, salvífico para Roudinesco parece condenatorio para Hegel, que a pesar de no querer hacer profecías anticipó la posición de Gabriela Mistral:

*Tenemos que confesar que la imitación aparece en nosotros más que como un gesto como una naturaleza: nuestra piel toda poros es lo mejor y lo peor que no ha tocado en suerte y a causa de ella vivimos a merced de la atmósfera*⁷.

Esa porosidad, algunas décadas después, será una desventaja según

Witold Gombrowicz, quien escuchó de otro profeta esta amarga comprobación:

A los argentinos todo les entra, pero les entra tan fácil que es como si no les entrara.

Y en el mismo número de Revista de Occidente que publicó la declaración de Gabriela Mistral, Julián María insinúa que para entrar hay que salir:

Y si se mira bien se advertirá que casi todos los escritores de Hispanoamérica que son leídos en toda ella, que pueden considerarla como su público, han alcanzado esta situación —que debería ser la normal— no directamente, por irradiación directa desde su país nativo a los restantes, sino desde una sociedad distinta, quizá España, hoy más probablemente Francia o los Estados Unidos, cuyas traducciones o comentarios hacen que el escritor llegue a ser conocido desde afuera [...]

Para Julián María no existe la América Latina de Roudinesco, ni siquiera la Iberoamérica de los socialistas españoles, sino la pura y dura Hispanoamérica.

Si uno se toma en serio la propuesta de Roudinesco podría concluir que lo mejor sería valerse del reflejo para convertirse en europeos en masa y después retornar triunfal gracias a la porosidad descubierta por Gabriela Mistral, sin descuidar la liviandad advertida por el profeta citado por Witold Gombrowicz. Una operación así podría dejar sin efecto a la maldición de Hegel.

La invitación de Roudinesco no llevaría al corazón del problema, al menos como lo anuncia Levi-Strauss:

En efecto, el problema planteado por la Crítica de la razón dialéctica puede reducirse a éste: ¿en qué condiciones es posible el mito de la Revolución Francesa? [...] Y estamos dispuestos a admitir que, para que el hombre contemporáneo pueda desempeñar plenamente el papel de agente histórico tiene que creer en ese mito, y que el análisis de Sartre desprende admirablemente el conjunto de condiciones formales indispensables para que este resultado quede asegurado⁸.

No olvidemos que la invitación de Roudinesco sigue a un diagnóstico donde la ciencia y el oscurantismo religioso serían superados en una tercera vía (Europea, no la de Tony Blair). Esa tercera vía podría fortalecerse con el demonio de miles de analogías, como ya lo hicieron en su momento en la URSS.

Por la analogía los acontecimientos futuros son las conclusiones de una anterioridad, y las contingencias del modelo se transforman en leyes a seguir para alcanzar un fin. La analogía con Termidor operó en tres momentos diferentes de la revolución:

Así la Revolución Francesa perturbó las conciencias[...] —escribe Tamara Kondratieva—, “siendo a la vez reprimida en tanto que fuente de perturbación. Esto lleva a pensar que la insistencia soviética en una ruptura total con el precedente francés disimula de hecho una continuidad que parece situarse más allá del “contenido de clase” diferente, tan proclamado. Si la diferencia de ideas y contenidos de clase es bien real, se las publica demasiado ostensiblemente porque, detrás de esa pantalla móvil, se abrigaban valores e ilusiones que

*constituían el fondo común de los revolucionarios del siglo XVIII y sus sucesores del siglo XX*¹⁰.

El poder de la analogía, que algunos manuales de retórica dan como equivalente a homología, surge del dar a entender una correspondencia estructural. El análisis semántico puede mostrar la diferencia entre los sistemas comparados, pero lo que *causa* la analogía no se disuelve con su aclaración (de la misma manera, el chiste produce algo que su explicación no produce).

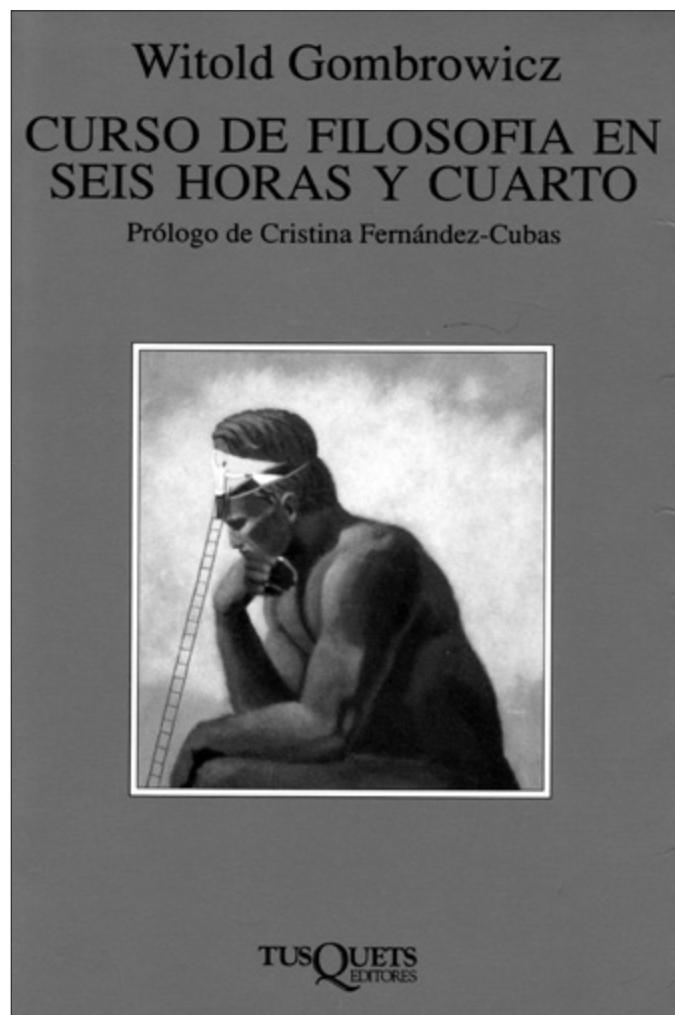
La continuidad disimulada en el caso del precedente francés y la revolución soviética puede confirmarse con el ejemplo de García Márquez. Su personaje Gabriel sale de Macondo para la ciudad de París.

[...] con dos mudas de ropa, un par de zapatos y la obras completas de Rabelais.

Es decir, Cien años de soledad que pasa por ser algo de lo “maravilloso latinoamericano” contiene la clave de su heteroglosia, de su exaltación de la glotonería y la potencia sexual, en su recurrencia a Rabelais donde podemos encontrar, con Bajtín, la parodia, lo carnavalesco y el dialogismo.

Por su parte, en *El siglo de las luces*, publicada en 1962, Alejo Carpentier insinúa un paralelo entre la Revolución Francesa de 1789 y la cubana de 1959. Brasil parece ser la excepción a la regla. Por una ironía de la historia no cumple con el postulado de la necesidad del mito de la Revolución Francesa como condición del hombre moderno para desempeñar su papel, según Levi-Strauss. Es por eso que Leopoldo Zea ha podido oponer Brasil al resto de América Latina, al mostrar

que sus cambios políticos no se impusieron por la violencia como en el resto del continente: desde el eclecticismo de Vistor Cousin trasladado por Monte Alverne (1785/1869) hasta el positivismo de Augusto Comte que introduce, entre otros, Luis Pereira Barreto (1840/1923), supieron eludir las luchas entre la iglesia y el liberalismo masónico (que hacía empezar al “progreso” en la Revolución Francesa). El antagonismo entre la Iglesia y el liberalismo masónico es responsable, según Leopoldo Zea, de la violencia en el resto del continente¹¹.



La Ilustración europea, enemiga de los mitos, generó ese mito poderoso que Levi-Strauss coloca en la actualidad como una fuerza clave. ¿Qué entendía la Ilustración por *mito*? La analogía, pero también las alegorías y las imágenes, organizan el mito de una manera que Levi-Strauss redujo a una “lógica sensible” que sería reducida, en última instancia, al grupo de Klein y algunas figuras topológicas.

Por el contrario, Hans Blumenberg ha podido mostrar que existe una etiología y una dinámica del mito, que en el caso de la función mítica de la Revolución puede nombrarse en Prometeo (héroe de la inmanencia de las fuerzas humanas).

Según Hans Blumenberg el mito de Prometeo había quedado vacante y en una función indeterminada, en el momento en que Diderot refuta la antropología de Helvecio. Eso ocurrió en 1774, y Diderot constataba que había muchos hombres del tipo de Ixión o Prometeo, así como muchos buitres devoradores de carne, lo cual quiere decir que la situación que hace necesario a un Prometeo se repite, siendo algo constitutivo de la humanidad que no podría mantenerse en marcha con los dones recibidos de una sola vez. Y esto competiría, prosigue Blumenberg, a todos aquellos que se dejaran someter al suplicio, comparable a la rueda de Ixión, de la atención intelectual, devorados incessantemente por el buitre de las consabidas carencias. Esta pluralización de Prometeos se hace en el ámbito de la filosofía de la historia: el progreso no cambió la situación del individuo que esté dispuesto a impulsarlo activamente, pues su buitre es el castigo que le impone la idea y el esfuerzo por dar el paso siguiente. En cambio, Diderot

creo encontrar en Helvecio la suposición de que la idea fructífera se parece, en lo casual, a la teja que se desprende del techo y topa con una cabeza. Sería un resto de lo que se llamaba inspiración, si bien aparece ahora con restos más sencillos, mientras que Diderot ve la omnipresencia de Prometeo.

Juan Bautista Alberdi, como tanto tiempo después lo hará Levi-Strauss en *El pensamiento salvaje*, coloca en un lugar clave el *modelo* (mito) de la Revolución Francesa:

La revolución argentina es un detalle de la revolución de América; como esta es un detalle de la de España; como ésta es un detalle de la revolución francesa y europea. Ocultar este origen europeo y general de la revolución de América con el objeto de hacer la corte al vulgo americano, es echar la política americana en el sentido de las prevenciones contra Europa, y ve peligros para la independencia americana en lo que ha sido cabalmente origen de ella y puede todavía ser origen de su grandeza venidera¹².

Sin embargo Juan Bautista Alberdi no saca las consecuencias de lo que dice en la página siguiente:

[...] la revolución maduró fuera del país y tuvo sus principales causas en Europa, al revés de la revolución de los Estados Unidos. Las colonias inglesas se habían gobernado por el sistema representativo desde su fundación, y allí sí que la libertad colonial fue el punto de partida de su libertad patria e independiente. Cuando los Estados Unidos sacudieron su dominación de Inglaterra, esta nación estaba en paz y gozaba de la plenitud de su poder.

*En la revolución de Sud América, al contrario, la palabra de orden fue España ha caducado; pues, en efecto, hacía dos años que estaba en poder de Napoleón[...]*¹³.

Se originó en Europa, pero su porvenir —como lo advirtió Sarmiento— estaba más relacionado con el “modelo” de Estados Unidos basado en la educación de los plebeyos, que en remedar una alianza “aristocrática” al modo Francés con la autoridad necesaria para prescindir de la colaboración de la plebe.

Tulio Halperin Donghi estudia las consecuencias de tener como modelo a Europa (J.B. Alberdi) y estar atento a los Estados Unidos (Sarmiento)¹⁴.

7.

El 27 de diciembre de 1839 nació el primer hijo de Charles Darwin, al que llamaron William Erasmus. Darwin comenzó a registrar sus acciones y expresiones. En el cuaderno de notas William Erasmus es apodado Doddy. Cuando es traducido al inglés un artículo del filósofo francés Hippolyte Taine sobre la adquisición del lenguaje por su hija, Darwin recurre a las anotaciones sobre Doddy para responderle. Estamos en 1877 y en *Esbozo biográfico de un bebé* leemos:

A los cuatro meses y medio sonreía repetidamente ante mi imagen y la suya en un espejo, y es indudable que las confundía con objetos reales; pero reveló cierto sentido al sorprenderse que mi voz llegara por detrás de él. Como todos los bebés, disfrutaba al verse en el espejo, y en menos de dos meses comprendió perfectamente que era su imagen; en efecto, si yo hacía

*completamente en silencio cualquier mueca extraña, se volvía súbitamente para mirarme[...] Los monos más evolucionados con los que hice ensayos con un espejito se comportaron en forma distinta; pusieron sus manos detrás del espejo, y al hacerlo mostraban cierto sentido, pero lejos de obtener placer al contemplarse a sí mismos, se enojaban y no querían mirar más*¹⁵.

Supongo que a Jacques Lacan le habrá gustado este quiasmo entre la imagen del niño y la voz del padre que le hace abandonar la imagen para localizar el punto de emisión. El espejo de Darwin, como sabemos, tuvo seguidores.

Jacques Lacan eclipsó a varios, anteriores y posteriores: Wallon, Stutsman, Gesell, Amsterdam, Zazzo.

8.

Suele llamarse el primer “romanticismo” a la expansión, en lenguas vulgares, de la lírica y la novela en la Europa del siglo XII. Esta sensibilidad que comienza en lengua francesa, se transfiere a otros idiomas, transportando los ideales poéticos de la cortesía. Mientras la Iglesia impone el matrimonio como sacramento, el amor cortés exalta la pasión y las formas poéticas y refinadas del erotismo, defendiendo la libertad para el amor.

La trágica pasión de Tristán e Isolda, el adulterio cortés de Lanzarote y Ginebra, la historia de amor de Abelardo y Eloísa, acompañan la *Búsqueda del Santo Grial*, la épica del Rey Arturo.

El trasfondo mítico de estas expresiones poéticas muestra que los modos de vida toman del reservorio cultural aquello que los consolida: el pasaje

del latín a las lenguas vulgares supone un público que no es el eclesiástico, supone el público de una sociedad cortés y caballeresca.

No se trató de una ruptura con el pasado clásico, sino de la recuperación de ciertos temas de los poetas latinos y de los mitos griegos. Las lenguas romances y germánicas, en contraste con la realidad histórica, se convertían en vehículos de antiguos ideales.

En un poema de Pierre de Vic, monje de Montaudon (ca 1180-1213), las imágenes se quejan a Dios de que ya no las pinten, pues las mujeres han suplantado a los cuadros de tanto “acicalarse”.

La caída de Bizancio en 1453 y la traducción en Italia de los manuscritos antiguos favorecen difusión en Europa de las prácticas y las fórmulas de la Roma Imperial. El rostro y el cuerpo se conciben ahora según las leyes de la armonía pitagórica y del ideal platónico de lo Bello, lo Justo y lo Verdadero.

Desaparece el canon medieval de la ninfa, se valoran las redondeces de la mujer (Tiziano: Venus del espejo).

La paradoja está en la exclusión de la sexualidad por estos ideales.

En un poema de Pierre de Vic, monje de Montaudon (1180-1213), las imágenes se quejan a Dios de que ya no las pinten, pues las mujeres han suplantado a los cuadros de tanto “acicalarse”.

El nacimiento de venus (1478) de Botticelli, composición mitológica que encarna los valores de la filosofía neoplatónica es menos

sensual que *El jardín de las delicias* (1500) de Hieronymus Bosch. El erotismo sutil y refinado de Venus está lejos de las ideas estrictamente medievales acerca del cosmos y del hombre que se despliega en todos sus detalles en la gozosa proliferación de Bosch.

Rafael, Leonardo, Miguel Ángel y Donatello—por nombrar algunos—imitan los temas de una mitología pagana. El cuerpo humano del Renacimiento responde a cánones analíticos: en la configuración de Policleto la cabeza debe ser un séptimo y medio de la altura del cuerpo; en la de Lisipo, un octavo y medio. Durero y Leonardo da Vinci establecen diagramas precisos para la figura ideal, que obedecen a reglas empíricas obtenidas a partir de la escisión del rostro por el número áureo.

La belleza, cuando no se establece en términos geométricos, es ordenada en proporciones, series matemáticas y simbólicas que recomponen el cuerpo de la cabeza a los pies. La mujer debe tener tres cosas blancas (la piel, los dientes y las manos), tres rojas (los labios, las mejillas y las uñas), tres negras (los ojos, las cejas y las pestañas) y responder a los siete, nueve o treinta y tres cánones del cuerpo ideal¹⁶.

La cosmética, basada en una farmacopea que se sirve de la botánica, las prácticas escatológicas y la magia, crea una belleza ilusoria cuyo modelo es este ideal de pintor. La *bionda* veneciana, una mezcla para teñir de rubio, libera al cabello de su color natural. La tez blanqueada y mate. Los dientes se frotan una vez por semana con una mezcla de polvo de coral rojo, sangre de dragón, tártaro de vino blanco, hueso de jibia, hueso de melocotón y canela. La piel debe ser tan transparente que cuando una mujer bebe, ha de poderse ver el vino a su paso por la garganta¹⁷.

Se empolvan los pechos, se aclaran las manos, los lunares postizos cubren las pecas o los granos:

A finales del siglo XVI, aunque la práctica del teñido, los afeites y la depilación ya se ha extendido a todas las clases urbanas acomodadas, la moda de los cuidados de belleza sufre una caída que únicamente se verá compensada por el uso de los perfumes. Las exigencias de la higiene se concretan en la preocupación por la ropa limpia. El aseo se hace en seco, friccionando el cuerpo con telas perfumadas, y aunque la aparición del término “maquillaje” data de esa época, alberga un sentido vulgar y peyorativo (“trucar”, “enmascarar”) que conservará hasta el siglo XIX¹⁸.

De manera correlativa, también los hombres recurren a similares artificios.

9.

Gobiernan el mundo las ideas, exclama Comte. Obedecemos a nuestros sentimientos, dice Spencer. Ideas y sentimientos son tan sólo la careta de nuestros intereses, afirma Marx. Y Nietzsche por fin: es mi voluntad la que arbitrariamente fija los valores de la existencia.

Alejandro Korn, 1918.

Las constelaciones de nombres propios, las constelaciones de afirmaciones y negaciones, tienen siempre un sello: el eclecticismo. Esa es una de las dificultades para establecer “corrientes” y marcar diferencias entre diversos autores que se valen de una determinada *figura conceptual* (para usar esta expresión de Jorge Dotti, quien en su libro *La letras gótica* se ocupa de la recepción de Kant en Argentina, desde el romanticismo hasta el treinta).



Al referirse a la mención de Kant en *Fragmento de Alberdi*, Dotti comenta:

La indicación de las fuentes parisinas es significativa, pues la difusión y discusión del kantismo en Francia es la instancia mediadora entre el texto original y la recepción de Kant en la Argentina, hasta comienzo del siglo XX¹⁹.

Emilio Vaschetto se ocupa del contexto y [también] la obra psiquiátrica de Alejandro Korn *La conciencia y la ironía acerca de los aparatos de experimentación*²⁰.

En el año 1927 Alejandro Korn escribe:

... otro caso es Freud. Nadie ha de negar el valor de sus investigaciones de psicólogo y de psiquiatra, pero hay quien supone que ha descubierto la

*importancia del problema sexual. Antes de Freud no la hemos sospechado; después de Freud sabemos que toda la humanidad padece una obsesión subconsciente que la obliga a ver en el más inocente adminículo un trasunto del falo*²¹.

Contra la supuesta prioridad de Freud, Korn recurre a Platón, Pascal y Darwin, lo que lo obliga a sustituir el falo por la bestia y exhortar de manera sorpresiva: “Sed compasivo con el animal, sobre todo si lo lleváis en las entrañas”. Consuelo: “También esta ráfaga ha de pasar”²².

Unos años antes Korn expone la aporía del inconsciente en los siguientes términos:

*No obstante, queremos que haya algo ajeno al proceso consciente, que sea su negación y lo llamamos lo inconsciente. Y bien, hemos vuelto a realizar una concepción. Lo inconsciente mismo no existe sino en cuanto lo pensamos y, en el acto de pensarlo, ha dejado de ser inconsciente*²³.

Mi ventaja sobre el hombre que piensa, dijo alguna vez Jacques Lacan, es que él no se da cuenta de que primero habla. Uno podría, de manera insidiosa, mostrar que el estilo y el vocabulario de cualquiera escapa a su argumentación. Y Alejandro Korn, por supuesto, no es la excepción.

Un ejemplo, el informe que como psiquiatra presenta Alejandro Korn sobre un uxoricidio perpetrado por un italiano de 56 años, jornalero y analfabeto:

[...] alguna vez amenazaba con suicidarse y creía haber sido embrujado por ella. La superstición popular

conocida en Italia con el nombre de jettatura y entre nuestros paisanos con el de daño se halla tan generalizado, que no puede, en manera alguna considerarse loco a todo aquel, que se suponga víctima de maleficios. Pero sobretudo, si estas manifestaciones eran la expresión de un estado patológico, síntoma de un delirio de las persecuciones incipiente, ¿por qué no han persistido luego del crimen, por qué no han continuado con su evolución progresiva en vez de desaparecer de una manera completa?

La desaparición del delirio después del asesinato de su mujer, si recordamos la tesis de Jacques Lacan, lleva a la paranoia de autocastigo. Cuando Korn hace el informe, que fue publicado en 1902, el sujeto está preso. No delira, no se altera, dice Korn. Es dócil, era dominado por su mujer.

NOTA

1. Hegel, G.W.F., *Lecciones sobre la filosofía de la historia*, Madrid, Alianza, 1994.
2. Echeverría, Esteban, *El ensayo romántico*. Buenos Aires, Centro Editor, 1967, p.16.
3. Glick, Thomas F., “El impacto del darwinismo en la Europa mediterránea y Latinoamérica”, en Lafuente, Antonio y Sala Catalá, José, eds. *Ciencia colonial en América*, Madrid, Alianza, 1992.
4. Ramos Mejía, José María, *Rosas y su tiempo*, Buenos Aires, Emecé, 2001, p. 19.
5. Piva, María Laura, “El Pinel argentino: Domingo Cabred y la psiquiatría de fines del siglo XIX”, en Monserrat, Marcelo comp., *La ciencia en la Argentina entre siglos*. Buenos Aires, Manantial, 2000.
6. Roudinesco, Elisabeth, Entrevista en *Página 12*, 23/8/2004.
7. Mistral, Gabriela, “La lengua de Martí”, en *Revista de Occidente*, N° 3 (mayo 1966). Conferencia en La Habana, 1938.
8. Lévi-Strauss, Claude, *El pensamiento salvaje*. México D.F., FCE, 1964, p. 368.
9. Véase: Kondratieva, Tamara, *Bolchevics et Jacobins: itinéraire des analogies*, Paris, Payot, 1989.
10. Kondratieva, Tamara, “Los efectos del imaginario surgido de la Revolución Francesa sobre la vida política en U.R.S.S.”, en *Descartes: el análisis de la cultura*, N° 7 (junio de 1990), pp. 125-130.
11. Véase: Zea, Leopoldo, “Romanticismo y liberalismo en Brasil”, en *Dianoia* (1964).
12. Alberdi, Juan Bautista, *Grandes y pequeños hombres del Plata*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1974. p. 62.
13. *Op. cit.* p. 63.
14. Véase Halperin Donghi, Tulio, *Una nación para el desierto argentino*, Caracas, Buenos Aires, Biblioteca Ayacucho, Editores de América Latina, 2004.
15. Darwin, Charles, “*A biographical Sketch of an Infant*”, en *Mind*, N° 2 (1887), pp. 285-294.
16. Véase Paquet, Dominique, *La historia de la belleza*, Buenos Aires, Grupo Zeta, 1998.
17. Véase *op. cit.*
18. *Op. cit.*
19. Dotti, Jorge, *La letra gótica*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 1992, p. 41.
20. Inédito.
21. Korn, Alejandro, “Filosofía argentina”.
22. *Op. cit.*, p. 241.
23. Korn, Alejandro, *La libertad creadora*, Buenos Aires, Claridad [1a ed. 1920], 1963, p. 53.